

EL MUNDO MILITAR.

Panorama universal

AÑO II.

DOMINGO 29 DE JULIO DE 1860.

NÚM. 38.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

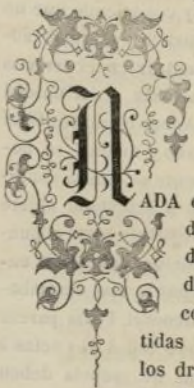
SUMARIO. Grabados.—Avanzada marroquí en la orilla de Guad-el-Jelú para evitar los asesinatos y robos de las tribus kabilas.—Naufragio de la fragata *L'Europe* en los mares de la

China.—Viaje de Leviatan á Nueva-York.—Vista de Mesina.—Mapa de Sicilia.

Texto. Crónica de la semana.—Biografía del Excmo. señor don Manuel Pavia.—Mesina.—Drusos y maronitas.—Funerales.—Naufragio de *L'Europe*.—Suelto.—Novela.—Condiciones.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



ADA encontramos en la prensa extranjera digno de mas interés que los siguientes detalles acerca de las increíbles atrocidades cometidas por los drusos en el Líbano.

La pluma se resiste á escribirlas; pero es indispensable que la Europa comprenda, en vista de ellas, la verdadera situación á que se vé reducida por parte de esos bárbaros, que seguramente dejan atrás en las vastas complicaciones de su plan las invasiones que en otro tiempo contribuyeron á destruir la magnífica obra de la civilización romana.

No se crea que la complicación de que hablamos se limita á los sucesos de Siria. Fijese la vista en la India, cuya insurrección está apenas reprimida; reuérdense los asesinatos de Djeddah; téngase presente que la Argelia no está todavía sometida del todo, y no se eche en olvido la guerra que con Marruecos acabamos de sostener.

T II.

El islamismo despierta en un acceso de furor de su torpe sueño.

No faltan, seguramente, fuerzas á la Europa para tenerlo á raya; pero; ay de la Europa! si justificando el dicho de Napoleón, consume su vigor en guerras que, consideradas con relación á los intereses universales, no merecen otra calificación que la de guerras civiles.

Hé aquí los detalles de los horribles sucesos del Líbano, tomados de la correspondencia particular de un diario extranjero.

«La ciudad de Zahlé no es ya mas que un monton de escombros, que en lo sucesivo no indicarán siquiera el verdadero sitio que ocupó aquella desgraciada población. Esta catástrofe ha sido consumada el 10 de junio por una horda

compuesta de 12,000 drusos del Líbano, de árabes, de mutalis y de musulmanes de Balbek, ayudados por mas de 400 *bachibonzos* (soldados turcos irregulares), en presencia de un millar de soldados tambien turcos de línea, que con algunas piezas de artillería permanecieron indiferentes, reservando, como ellos mismos decian, su acción para el improbable caso de que los cristianos hubiesen podido refrenar y castigar las feroces turbas invasoras.

El R. P. Bellotet, superior de la misión de los Jesuitas, el P. Bumacini, dos hermanos y cinco religiosas, han sido literalmente hechos pedazos. El convento en que residian estaba protegido por el pabellon francés; pero lo primero que hicieron los drusos fué arrancarlo y hollarlo bajo sus pies.

Después de Zahlé llegó el turno á Deir-Kamar. El Bajá

de Beyrouth había jurado á los Cónsules de las cinco grandes potencias, que ningún daño se haría á los cristianos de esa población, respecto de cuya suerte no tenía la menor inquietud. El Bajá ha mentido tan solemnemente por lo que toca á Deir-Kamar, como en lo relativo á Zahlé, cuya tranquilidad había afirmado con igual juramento. ¿Qué hizo la guarnición de Deir-Kamar, compuesta de unos 800 hombres al aproximarse las bandas de asesinos? Hizo lo mismo que la de Barcheia, la de Haibeia y la de otros puntos de menos consideración: ayudó á la matanza de cristianos; se aprovechó del pillaje, y aplaudió los actos de ferocidad empujando con sus bayonetas á los infelices que, mediante rescates anticipados, se habían podido refugiar en el edificio del Serrallo, punto ocupado por las tropas musulmanas.

5



AVANZADA MARROQUÍ EN LA ORILLA DE GUAD-EL-JELÚ PARA EVITAR LOS ASESINATOS Y ROBOS DE LAS TRIBUS KABILAS.

(Remitido por nuestro corresponsal D. N. Landa.)

Deir-Kamar era por el lado del Sur el postrer asilo de los cristianos. Despues de consumada la matanza, se decidió el Bajá de Beyrouth á subir á Aptedin, punto distante un cuarto de legua de Deir-Kamar, que á su vez lo está á ocho de Beyrouth. La matanza tuvo lugar el 20 y 21 de junio: el Bajá llegó por la tarde el 23. ¿Qué iba á hacer ya despues de haber permanecido inactivo al pié de la montaña durante los treinta mortales dias que habia durado la reciproca matanza?

De Aptedin, el Bajá descendió á Seida, y antes de partir dió órdenes á los drusos, que despues quemaron el Serrallo donde tuvo lugar el degüello de mas de 800 cristianos por las tropas otomanas. Quería sin duda hacer desaparecer hasta las últimas huellas del crimen; pero en caso necesario hasta los muertos se levantarán de la huesa á pedir venganza.

Desde la permanencia del Bajá en Seida, las poblaciones cristianas se hallan algo mas tranquilas; pero los drusos no dejan de afirmar que así que regrese á Beyrouth caerán sobre Castravan á reducir á cenizas los pocos cristianos que siguen permaneciendo allí. Si en realidad no lo hacen así, no habrá mas remedio que darles las gracias, pues en realidad nadie se lo impide, y lejos de eso el Gobierno turco les anima á hacerlo.

Prosigamos la tragedia de Deir-Kamar. El 1.º de junio se presentaron los drusos delante de esta poblacion, y dieron principio al ataque que los cristianos, no obstante la disparidad del número, pudieron rechazar durante un dia, sin intervencion de ninguna clase por parte de la Autoridad turca. Al dia siguiente se dirigieron los sitiados al Gobernador Said-Genbalat reclamando su proteccion contra los drusos. A propuesta de aquella Autoridad pasaron á su casa los principales cristianos, y de resultados de la conferencia, el Jequé druso mandó á sus hordas retirarse de la vista de la ciudad, y así lo efectuaron.

El 5 principiaron estas, sin embargo, á cometer asesinatos en las inmediaciones: cortaron toda comunicacion con Beyrouth, y así siguieron ensañándose cada vez mas, no obstante las protestas de seguridad del Gobernador y de Tahire-Bajá, que prohibió terminantemente á los cristianos abandonar la ciudad.

Los drusos daban muerte á cuantos venían á traer víveres á la plaza, y á los que salían de ella á buscar en las casas de campo inmediatas algun alimento para sustentar á sus hijos.

El 19 entró un peloton de drusos diciendo que por orden de sus Jefes venían á proteger á los cristianos. Sucesivamente se fué aumentando el número de los invasores y arancándose de todo punto la máscara, empezaron á entrar en las casas y á robar.

La Autoridad turca y el Jefe de las tropas de la guarnicion, seguían como de costumbre, tranquilizando á los cristianos con promesas que nunca se llegaron á realizar sino en sentido contrario.

Dos horas antes del anocheecer del 19 fueron asesinados cinco individuos, entre ellos dos sacerdotes, en las inmediaciones del Serrallo: principió el saqueo general y la guarnicion turca se retiró á sus cuarteles.

Durante aquella horrible noche, la poblacion recorria las calles implorando la proteccion de los turcos, y al fin consiguieron que se les diese asilo en el Serrallo y en un cuartel.

El 20, los drusos reunidos en fuerzas considerables, dieron principio á la matanza general; arrancaban los niños de pecho del regazo de sus madres; daban martirio á los maridos en presencia de sus mujeres; extinguían su vida del modo mas bárbaro y violaban en presencia de su agonía....

Nos faltan palabras para completar ese cuadro, y por otra parte su horrible terminacion se deja adivinar por sí sola.

INTERIOR.

Para encontrar hoy la crónica algun asunto debe necesariamente trasladarse desde la coronada villa, convertida en horno, á las frondosas arboledas de S. Ildefonso, donde seguramente las nubes de polvo no condenan á vagar con los ojos cerrados, ni los rayos del sol á permanecer todo el dia en alguna oscura vivienda, y toda la noche en reposo, para restaurar las fuerzas disipadas por el esceso del calor del dia.

La crónica interior de Madrid se parecería á las actas del

martirio de aquellos bienaventurados que dieron testimonio de la verdad en medio de los carbones encendidos.

Creemos, por lo tanto, que nuestros lectores nos agradecerán que, procurando no volver á eclipsar su razon refiriendo las impresiones que en los murciélagos, las gallinas y las cabras causó el pasado eclipse, ni sus ojos con las nubes de polvo que nos rodean, á pesar del esmerado riego de ciertas calles, nos concretemos á referir lo que el dia 24 acaecia en S. Ildefonso con motivo del besamanos.

Desde muy temprano las tres diligencias que hacen diariamente un feliz esfuerzo por escaparse de Madrid, y diariamente se ven impulsadas por su fatalidad de rotacion á tener que regresar, condujeron al Real sitio multitud de personas distinguidas, que precedieron á otras no menos notables, conducidas por carruajes que extraordinariamente hacían aquel viaje.

La Infanta doña Maria Cristina recibió desde la una de la tarde á las muchas personas que acudieron á felicitarla, y á las tres y media principió el besamanos en la régia Cámara.

Escusado es decir que allí se vieron aparecer sucesivamente las personas mas notables de la corte.

El cuerpo diplomático se hallaba representado por todos los individuos que se hallan aquí de jornada y otros muchos, entre ellos el Nuncio de Su Santidad, que habia venido de Madrid espresamente.

De Segovia habian venido, entre otros, los Sres. Bertran de Lis, Conde de Alpuente, Bouligni, Comandante general, Gobernador civil y Obispo, Sr. Benech; Juez y Fiscal del juzgado, los Jueces de paz, el Cabildo y el Ayuntamiento.

A las seis menos cuarto salió S. M. al jardin, donde la aguardaba una inmensa concurrencia, y acompañada de la Real familia se dirigió, con el ceremonial de costumbre, á ver correr las fuentes de los Vientos, Carreras de caballos, Andrómeda, Canastillo, Ocho calles, Ranas, Diana y la Fama. Los Ministros residentes en el Sitio, Sres. Duque de Tetuan, Calderon Collantes, y Marqueses de Sierra Bullones y de Corvera, tuvieron el honor de marchar al lado de SS. MM., como asimismo el General Ros de Olano, el Gobernador de la provincia y los Jefes de Palacio.

S. M. la Reina vestía, como en el besamanos, un elegante traje de gros azul china; la primera falda toda de bullones de tul y lazos del mismo color. La segunda era toda de encaje blanco, abierta sobre el costado derecho. Manto del mismo color con encaje, lazos y bullones de tul correspondientes. Diadema de perlas y flores de lis, y collar de perlas y brillantes y velete de encaje.

S. M. el Rey y el Infante D. Sebastian vestían de Capitan general.

El Príncipe de Asturias, que llamaba la atencion por su gracioso semblante y simpática precocidad, llevaba un vestido de glase azul celeste, con trencillas de plata, y sombrero de paja blanco adornado con terciopelo encarnado.

La Infanta Isabel vestía de gros glase azul celeste, con delantal de margaritas blancas y manto igual adornado de lo mismo y aderezo de perlas.

La Infanta doña Concepcion, que iba en brazos de su nodriza, vestía tambien de glase blanco con graciosas escarpelas de blonda y abrigo del mismo color.

A las ocho y media se han sentado SS. MM. á la mesa, á la que, á pesar de ser, como era, exclusivamente de la Real familia, han tenido el honor de ser invitados el Duque y la Duquesa de Tetuan.

A las nueve, y estando para terminar la comida, llegaron al Real sitio los Duques de Montpensier, que, contra lo que se habia anunciado, no vinieron anoche, acaso porque la Infanta no habia descansado de su primera jornada.

BIOGRAFÍA

DEL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

DON MANUEL PAVIA Y LAGY,
MARQUES DE NOVALICHES, VIZCONDE DE RABOSAL.

IV.

(Continuacion.)

En 23 de marzo de 1832, hallándose aun de cuartel en Madrid, mereció el General Pavia la distinguida prueba de

confianza de ser nombrado Comandante general del Real sitio de Aranjuez durante la permanencia en el mismo de SS. MM. y A.

El 17 del siguiente mayo se le confirió el cargo de Director general de Infantería, vacante por dimision que su quebrantada salud le obligó á hacer al General que lo desempeñaba.

Casi en aquellos mismos dias, á consecuencia de haber renunciado el General que se hallaba al frente del departamento de Marina y haber pasado á este puesto el que obtenia la cartera de Guerra, S. M. se dignó significar al General Pavia su augusta confianza, eligiéndole para que se encargase de esta Secretaría. Tan relevante distincion no le hizo perder de vista la grave importancia de los demas cargos que ejercia, y así, á pesar de las repetidas gestiones que á fin de que aceptase le hacían los demas Ministros, rehusó por algun tiempo el admitir tan señalada y apetecida honra, hasta que por último, espresada oficialmente la voluntad de S. M., no le quedó mas recurso que someterse respetuosamente al nuevo cargo.

Por entonces se trasladó la jornada de la corte á la Granja y el General Pavia siguió desempeñando la Comandancia general de aquel Real sitio.

Cuando la corte regresó á Madrid el General pudo emplearse de un modo esclusivo en asuntos de su profesion (que sin exagerar podria denominarse su segunda vida), desplegando la actividad de su inteligencia, ilustrada con profundos conocimientos en las ciencias exactas. Conviene advertir que aunque sus méritos de guerra le habian hecho anticiparse á la edad que generalmente se requiere para llegar á los mas altos puestos de la Milicia, no por eso habia dejado de aprovechar su juventud y su permanencia en el extranjero, dedicándose arduamente al estudio de la ciencia de la guerra, por el cual pudo apreciar la razon y la importancia de los adelantos, y utilizar convenientemente sus observaciones. Por eso es digno de notarse el singular tacto con que puesto al frente de la Direccion de Infantería, en cuyo instituto habia siempre servido, y conociendo que no todo lo existente en organizacion, vestuario y régimen administrativo era bueno, se abstuvo de entrar en el terreno de las innovaciones, limitándose á armonizar y dar unidad á todos los multiplicados puntos de la Administracion. Si el periodo de su mando, que solo fué un año y medio, se hubiese extendido algo mas, indudablemente se habria conseguido el utilísimo y en diversas ocasiones intentado objeto de regularizar todo lo concerniente al instituto hasta el punto de que desapareciendo absolutamente toda diferencia entre los cuerpos del arma, pue dan marchar lo mas desembarazadamente posible á su objeto. El General Pavia parece haber subordinado durante aquel periodo todos sus actos á esta importante máxima: «Las mejoras de esencia deben preceder á las de forma.»

El afán de desempeñar del mejor modo que le fuera dable el elevado cargo militar que ejercia, le absorbió de manera que ni una sola vez se le vió descender en aquel periodo al escabroso terreno de los debates políticos.

Así llegó el año 1855, que sin el auxilio divino le habria sido estremadamente funesto; pues á consecuencia de haber pasado, por invitacion del Ingeniero general, á Guadalajara á presenciar unos ejercicios especiales, se vió atacado de una pulmonía que llegó á ponerle al borde del sepulcro.

En 24 de enero habia sido nombrado Consejero Real en la clase de extraordinario.

En breve espacio ocurrieron diversos cambios ministeriales; pero el oleaje que tales sucesos producen no distrajo la atencion del General Pavia, que al frente de la Direccion puede decirse que no era sino un centinela, como ya lo venia siendo desde el plazo indicado, que atento á su consigna, de nada se cuida de lo que no tenga intima relacion con ella.

Por Real orden de 15 de agosto, y por el mérito heroicamente distinguido que contrajo en el asalto y toma de Solsona en 26 de julio del 1838, siendo Coronel de infantería, se le confirió por resolucion de 7 del mismo mes la cruz de caballero de segunda clase de la Real y militar orden de San Fernando.

Retiróse en setiembre el Ministerio Lersundi-Egaña, siendo reemplazado por el del Conde de San Luis-Collantes,

y entre los varios decretos con que el nuevo Ministerio inauguró su plan de Gobierno, el General Pavía recibió, sin mediar ninguna de las indicaciones que en casos análogos acostumbran hacerse en la práctica, uno en que S. M. se servía nombrarle Gobernador y Capitan general de las islas Filipinas y Presidente de la Audiencia de las mismas.

El deseo íntimo del agraciado era de renunciar al elevado cargo que se le confería, y así no pudo menos de manifestarlo de escrito y de palabra, fundándose en el débil estado de salud en que se había quedado á consecuencia de la pulmonía. Apoyado en tan razonable motivo practicó cuantas gestiones caben en el terreno del pundonor, hasta que conociendo que era cosa definitivamente resuelta, se resolvió á partir, y al pedir su pasaporte al Gobierno por conducto del Ministerio de la Guerra, solicitó que se le fijase el puerto de embarque y el buque que debía conducirle á su destino.

Sin temor de equivocarnos podemos decir que con este motivo dió el General, de cuya biografía nos ocupamos, un insigne ejemplo de la ciega obediencia que constantemente ha sido el norte de sus actos militares.

Es notorio que al recibir el General la enhorabuena de los dignos miembros y Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, después de prestar el juramento ritual como Presidente de la Real Audiencia de Manila, contestó diciendo que no admitía el parabien, por mas que consideraba como altamente honroso el haber prestado juramento ante una corporacion tan elevada como respetable.

Hasta entonces los Capitanes generales Gobernadores de las provincias de Ultramar, habían prestado, por su calidad de Presidentes de las Reales Audiencias respectivas, el juramento legal en ellas mismas y al tomar posesion.

A las estensas atribuciones y facultades de los Gobernadores y Capitanes generales de Ultramar se añadieron entonces las de la Superintendencia general de Real Hacienda por Real decreto de 21 de octubre; por otro de igual fecha se le agregó además el mando superior de la Marina destinada á las respectivas islas, y por otro del propio mes la Direccion é Inspeccion de todas las armas é institutos militares existentes en sus distritos.

Hemos visto que no es seguramente la voluntad la que le decidió á aceptar tan grave cúmulo de complicados deberes; veamos como hasta sin el alhago de aquella supo salir airoso en su árduo desempeño.

Fijada por de pronto su especial atencion en dar impulso á todos los ramos de la Administracion, superó las contrariedades del clima y se dedicó con no menos ardor que cuando su salud no había sufrido ningun quebranto, á estudiar y resolver las intrincadas cuestiones que surgian en la aplicacion de sus vastos proyectos.

A los pocos dias de haber pisado aquel suelo, tuvo el sentimiento de que estallase una conspiracion que tiempo atrás se venia fraguando por el indígena Cuesta, Comandante de carabineros de la provincia de Nueva-Ecija. Sublevando este conspirador la fuerza armada de carabineros indígenas, se presentó en la factoría de Gapan pidiendo los fondos que existian, y como los poquitos españoles que allí se encontraban se opusieron á sus intentos, fué muerto uno de ellos, herido otro é insultados todos. No bien consumados estos criminales hechos, hallaron su merecido castigo por el incansable celo del Capitan general. A los ocho dias estaba plenamente sofocada la insurreccion, y la vindicta pública quedaba satisfecha con la ejecucion judicial de Cuesta y su segundo, y la remision al correccional de Zamboaga de todos los carabineros indígenas que con arreglo á la causa instruida con la mas escrupulosa tramitacion, aparecieron seducidos por su Jefe y tomaron parte en la intentona de independencia de la Metrópoli. Resalta sobremanera la actividad desplegada en esta ocasion por el General Pavía, si se atiende á la lentitud con que por lo general habían acostumbrado á marchar los expedientes judiciales en aquel Archipiélago, y á las diligencias que al paso que la causa se sustanciaba hubo que practicar para aislar el foco de la insurreccion que, como preparada muy de antemano, debía tener vastas y secretas ramificaciones.

Cual fuese la aptitud que para tan difícil mando demostró el General Pavía, mejor que nosotros puede decirlo el respetuoso afecto que supo captarse de cuantas personas estaban interesadas en la paz y prosperidad de aquellas in-

teresantes posesiones. Los indios le daban el cariñoso dictado de padre, y las personas bien acomodadas é instruidas se habían acostumbrado á mirarlo como el mas eficaz protector de sus intereses legales é ilustrado promovedor de toda accion honrada.

(Se continuará.)

MESINA.

Mesina, una de las mas importantes ciudades de la Sicilia se halla situada en la costa oriental de esta isla, sobre el terreno llamado *Val de Demona*, y está separada del continente de Italia por un estrecho brazo de mar.

Su origen se remonta á la mas oscura antigüedad, y su primitivo nombre de Zanclo dicen que se derivaba de un Rey así llamado, ó bien de la curva que forma su playa, que tiene alguna semejanza con una guadaña, ó últimamente de la guadaña que, segun la poesia mitológica, Saturno dejó caer en aquel terreno.

Los sículos se apoderaron de Zanclo en el momento que pasaron de Italia á Sicilia. El año 812 antes de Jesucristo fué invadida por los piratas de Cumas; luego por la multitud procedente de Calcis y de Eubea, bajo la direccion de Perieres y Cratamenes. Un tirano de Reghio, Anaxylas, atrajo hácia esa comarca á los samnios; venció con su ayuda á los habitantes y los reemplazó con mesenios, de donde le viene el nombre de Mesana ó Mesina. Fué sometida á la dominacion romana, pero conservando sus fueros municipales bajo el pretorado de Appio Claudio; abrazó el partido de Mario y sostuvo al procónsul Verres. En 407 obtuvo grandes privilegios de Arcadio por los auxilios que prestó á este Emperador, contra quien Rufino había armado los godos y los búlgaros; y mas adelante se distinguieron los mesinenses por la parte activa que tomaron en la espulsion de los sarracenos.

Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon desembarcaron en Mesina al paso de la cruzada que hicieron juntos, y allí fué donde Ricardo se casó con Berenguela de Navarra, y donde tuvieron origen entre aquellos dos Principes las animosidades que mas de una vez comprometieron el éxito de su expedicion.

Mesina en la edad media se convirtió en un rico depósito de comercio, y antes del descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, fué una de las escalas de Levante.

El Emperador Carlos V mandó construir para defender su rada el fuerte de San Salvador, que aun hoy subsiste.

Mesina ha sido muchas veces diezmada por la peste y desolada por los terremotos. En 1785 duraron estos desde principios de febrero hasta fines de mayo, y una gran parte de la ciudad, las aldeas inmediatas, el lazareto, el palacio del Virey, y el gran mercado que llamaban la Palazzata, se vinieron completamente al suelo, sepultando en sus escombros cuarenta mil personas.

Esta catástrofe dió lugar á que se edificara de nueva planta la ciudad, que actualmente se halla dividida por dos espaciosas calles, denominadas el *Corso* y *Fernanda*. Las demás calles, no tan concurridas, son las de *Austria*, *Jardines*, *Giudecca*, etc. Su poblacion, que á principios del siglo xviii se elevaba á 100,000 almas, ha quedado reducida por efecto de la peste y de los terremotos á 40,000.

No encierra en la actualidad en su recinto sino restos muy poco considerables de monumentos griegos ó romanos. Conserva todavia varias inscripciones sarracenas y algunos edificios normandos, entre los cuales puede citarse la *Nunziatella de Catalani*, que en 1169 figuraba ya como antiguo; la *Cattolica*, iglesia que sirvió al clero griego desde el 1168, y la catedral consagrada á la Virgen. La fachada de este edificio está adornada de mosaicos, de mármoles de diversos colores, y tiene tres puertas ojivas. Doce columnas de granito, que se consideran como muy antiguas, sostienen los arcos. El altar mayor es digno de atencion por los preciosos mármoles de que está incrustado; tiene un púlpito de mármol elegantemente esculpido por Antonio Gagini.

Defienden la ciudad obras bien construidas y varios fuertes, como *Castellazzo*, *Montegrifone*, *Gonsaga*, etc.; tiene siete puertas, cinco plazas públicas, seis fuentes monumentales, un arsenal, un lazareto, una ciudadela, edificada por

Carlos II después de la revolucion del 1676, un hospital espacioso y bien ventilado, tres Montes de Piedad, cuatro bibliotecas y varios teatros.

La playa sobre que se eleva la ciudad en forma de anfiteatro, dista media legua, cuando menos, ó legua y media, cuando mas, de la costa de Italia; la alta mar principia mas allá de los célebres escollos de Escila y Caribdis. El puerto, defendido por las fortificaciones de *San Salvador* y de la *Linterna*, es seguro y cómodo: una lengua de tierra semicircular, que se denomina *brazo de San Reniero*, detiene el furor de las olas.

El muelle está adornado de estatuas y rodeado de edificios, que por desgracia no se han acabado de construir, y con los cuales se pensaba reemplazar la Palazzata, destruida como se ha dicho por el terremoto de 1785.

Sus distancias á los principales puntos de Italia son: 44 leguas al E. de Palermo; 21 N. E. de Catania; 114 S. E. de Roma y 73 S. de Nápoles.

La campiña que rodea á Mesina es de las mas fecundas y pintorescas; no presenta, si se quiere, tanta grandeza como la de Nápoles; pero acaso es mas agradable que esta. El carácter de los mesinenses es orgulloso y activo, pero triste y poco inclinado á la sociedad.

El castillo de *San Salvador* es la obra de mas importancia que conserva de nuestra dominacion. Allí se resistió en 1674 D. Luis del Hoyo, Gobernador en nombre de Carlos II, contra la sublevacion del pueblo, y de allí partió D. Diego de Soria, que le reemplazó en el Gobierno, y se vió á la vez atacado por la escuadra francesa, mandada por Valbelle, y por el pueblo, declarado en abierta rebelion.

DRUSOS Y MARONITAS.

En tanto que la persona que de propósito hemos enviado á la Siria nos remite el resultado de sus trabajos, damos por satisfacer la curiosidad estos ligeros apuntes acerca del carácter é historia de dichos pueblos.

El Líbano, como todos sabemos, es la cordillera de montañas, que principiando al S. O. de Alepo en la margen derecha del Orontes, termina en la orilla del Kamie corriendo una estension de 80 leguas.

Pueblan sus valles diversas tribus, de las cuales los drusos y los maronitas son los de mas importancia. Estos últimos, que profesan la religion católica, viven bajo la proteccion moral de la Francia, que sin embargo nunca ha llegado á tiempo de socorrerlos oportunamente. Por lo que toca á los drusos es difícil saber á que religion pertenecen. Mientras recorren los misioneros ingleses sus montañas, cumplen con los preceptos de la religion protestante; mas así que aquellos se alejan, los drusos se esfuerzan á presentarse como musulmanes puros entre los turcos. En concepto de algunos europeos que viven entre ellos, su verdadero culto es una mezcla de cristianismo é idolatría, del rito judaico y del islamismo. Consideran el sábado como dia festivo; se abstienen de los manjares reprobados como inmundos por el judaismo; honran á Mahoma como un gran Profeta, juntamente con algunos santos de la comunión cristiana, y ofrecen sacrificios á ciertos ídolos que van transmitiéndose de generacion en generacion. ¿Cuál es el origen de estos dos pueblos? ¿Qué causas los han arrancado de su primera patria, trayéndolos á establecerse en las escarpadas fragosidades del Líbano?

No puede resolverse, en especial por lo que toca á los drusos, esta cuestion sino de una manera vaga. Atribúyese su origen á una tribu árabe del desierto, que habiendo tenido á principios del siglo xi desavenencias religiosas con los sectarios de Mahoma, y temiendo ser envuelta por un número superior de estos, vino á defender su independencia en los desfiladeros del Líbano, donde no mezclándose con ninguna otra tribu, ha conservado ó aumentado tal vez su primitiva fuerza, no sujetándose sino exteriormente á los actos de hipocresía de que hemos hablado al tratar de su religion.

Sin embargo, todavía se distinguen en ellos algunas de las buenas cualidades que los viajeros se complacen en reconocer entre los árabes del desierto. Se hacen elogios de su sobriedad, de la estricta observancia de los deberes de

NAUFRAGIO DE LA FRAGATA «L'EUROPE» EN LOS MARES DE LA CHINA.
(Remitido por D. E. C.)



la hospitalidad y del buen cumplimiento de su palabra. Todas estas buenas cualidades, si es que existen todavía entre los drusos, desaparecen al presentarse un objeto que pueda escitar su rapacidad, ó inflamar la rabiosa pasión de los celos, á que como todas las razas de Oriente se sienten ciegamente inclinados. Su población en la actualidad se compone de unas 200,000 almas, que ocupan la región septentrional del bajalato de Acre y gran parte de los valles del Líbano.

También los maronitas han venido por causas religiosas á concentrar su población de 50,000 almas en la aspereza de las cordilleras del monte, que en algun tiempo fué célebre por sus cedros, y que en la actualidad no tiene ni uno siquiera.

Hemos dicho que los maronitas profesan la religión católica; discrepan sin embargo de esta en lo tocante al matrimonio de los sacerdotes, y el sacrificio de la misa que celebran en árabe. Su Jefe espiritual toma el dictado de Patriarca de Antioquía; reside en Kanobin, y cada diez años hace acto de sumisión al Jefe universal de la Iglesia católica, dándole cuenta del estado de la suya particular.

Maron, Patriarca sirio en el siglo VII, y propagador de principios que merecieron ser tachados de monotelismo, se cree que es el que dió el nombre á este pueblo, cuya mayor desgracia en este mundo es tener tan próxima vecindad con los que solo andan ambicionando pretextos para convertirlos en objeto de sus depredaciones.

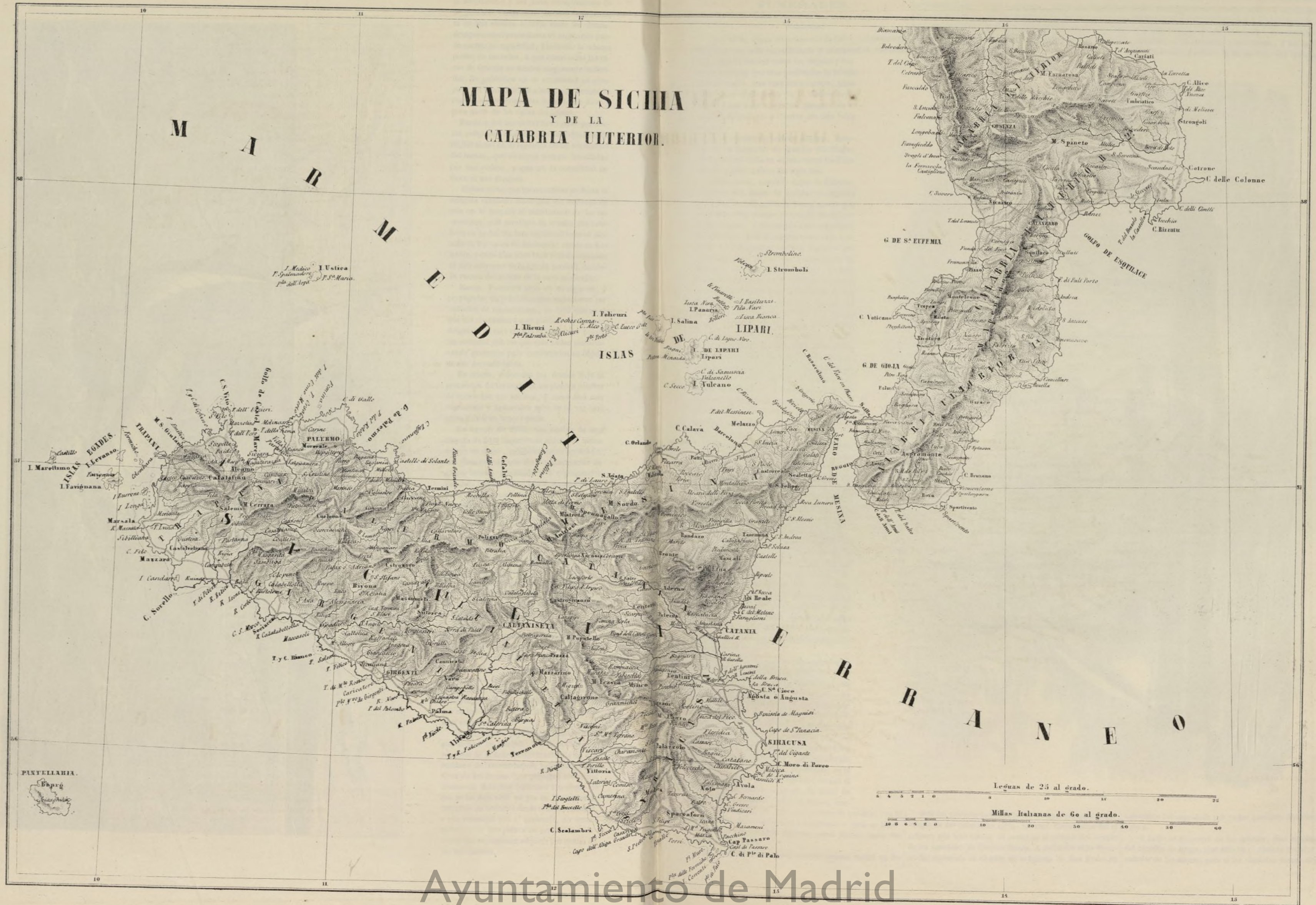
En efecto, colocados los drusos bajo la protección de los ingleses, no pierden ocasión de caer sobre sus vecinos, y como son mas numerosos y aguerridos rara es la vez que estos no llevan la peor parte.

En agosto de 1850, con motivo de una disputa de poca importancia entre dos maronitas y un druso, estallaron entre las dos tribus disensiones, que sin las ocurrencias de Alepo habrían producido una conflagración general. Los turcos de Alepo, castigados por Omer Bajá, se reunieron en parte á los bandidos que hasta el presente acostumbran dominar el camino de Alejandreta, y otros se refugiaron en las montañas de los drusos, diciéndoles que los *giaurs* (cristianos) valiéndose de la protección que les dispensan el Sultán y los franceses, levantaban la cabeza y principiaban á oprimir á los musulmanes. Los drusos, escitados por estas instigaciones, concibieron el proyecto de vengar á sus amigos sacrificando á los maronitas. Cometiéronse asesinatos como en Djeddah.

Los drusos verificaron el ataque y los soldados turcos les prestaron apoyo. Dicese que estos obraron así porque se hallaban descontentos de sus Jefes y especialmente de Kourschid-Bajá, que no solo retiene la paga de las tropas, sino que en los días festivos admite regalos, mas bien dicho, obliga á que se le hagan, por parte de los Oficiales, que á su vez se indemnizan con el dinero de los pobres cristianos.

Cualquiera que haya tenido que vivir algun tiempo en Turquía, habrá podido convencerse de la dulzura de carácter de los maronitas y de las costumbres belicosas y agresivas de los drusos. Los primeros ceden con frecuencia derechos legítimos á trueque de que se les deje vivir en paz en los valles de que están en posesión desde tiempos remotos, y sus enemigos por el contrario, no temen aventurar lo que poseen en cambio de lo incierto que se proponen adquirir por medio de sus intrusiones.

MAPA DE SICILIA Y DE LA CALABRIA ULTERIOR.



Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

FUNERALES.

(Conclusion.)

«Los galos, según el testimonio de César, celebraban los funerales con toda magnificencia y suntuosidad. Arrojan á la hoguera funeral todos los objetos y hasta los animales que mas predilectos le habían sido al finado. Aun hace poco tiempo, sigue diciendo el citado autor de la *Guerra de las Gdlias*, que acostumbraban quemar con el cadáver los esclavos y clientes que mas había amado.»

La costumbre de inmolar víctimas humanas en los funerales de grandes personajes, no había aun caído en desuso entre los Francos de la Gália á fines del siglo xvi.

Austrechilda, segunda mujer de Gontran, murió en 560. Antes de exhalar su espíritu perverso, dice Gregorio de Tours, viendo que no podía evitar el supremo trance, dió un profundo suspiro, y deseando tener compañeros en su muerte, hizo de manera que en sus exequias se derramaran también lágrimas por otros funerales. Dicese que á semejanza de Herodes, hizo esta súplica al Rey: «Todavía conservaba esperanzas de vivir, si la muerte no me hubiese sido dada por la mano de mis indignos médicos: las medicinas que me han propinado me arrancan la vida y me hacen perder la luz antes del plazo debido. Por consiguiente, á fin de que mi muerte no quede sin venganza, cuando habré sido arrebatada al mundo, te pido y quiero que me prometas, bajo juramento, hacerlos perecer por la cuchilla: ya que no me sea posible prolongar la existencia, no quiero que me sobrevivan para glorificarse: padezcan sus amigos un dolor semejante al que los nuestros tendrán que sufrir.» Dichas estas palabras exhaló su desgraciado espíritu.

Una vez celebradas, según el ceremonial de costumbre, sus exequias, el Rey, comprometido por el juramento que su cruel esposa le había arrancado, mandó que los dos médicos que la habían asistido en su última enfermedad fuesen decapitados. *No faltaron personas*, añade el piadoso Obispo, *que en su discreción pensaron que no podía el Rey haber obrado de este modo sin cometer un pecado.*

En el siglo xvi los persas conservaban todavía una costumbre muy extraña. Como no les era lícito enterrar los muertos, esponían fuera de las poblaciones los cadáveres, despojados de todo vestido. Si el cuerpo permanecía algún tiempo sin ser devorado por las bestias, se lamentaban los parientes del difunto creyendo que debía considerarse como un presagio de que su espíritu estaba condenado á sufrir por mucho tiempo horribles suplicios.

Los primeros cristianos daban sepultura á sus cadáveres como los israelitas: los lavaban, perfumaban, y según Tertuliano, empleaban mas perfumes que los gentiles en sus sacrificios. Acostumbraban también amortajarlos con telas, y á veces con vestidos preciosos. Despues de haberlos dejado espuestos por espacio de tres dias, celebraban sus exequias, y por último daban una comida á los pobres. No era tampoco raro que juntamente con los mortales despojos, sepultasen en la tierra los distintivos de la dignidad de que el difunto había estado revestido, las actas de su martirio, medallas, hojas de laurel, cruces, el Evangelio, etc. El cadáver yacía de espaldas, con el rostro vuelto hácia Oriente. En los primeros siglos se observaba que los enterradores algunas veces figuran entre los miembros del clero.

La costumbre de encerrar con los helados restos en los

sepulcros alhajas y efectos preciosos, daría con frecuencia lugar á la violación de las tumbas, puesto que en el cánon 46 del concilio de Toledo (año 622) se manda espulsar del clero, é impone tres años de penitencia al que se encontrase saqueando los sepulcros.

Roma. Poco á poco fué introduciéndose la costumbre de dar sepultura en los lugares sagrados á los que durante su vida se habían distinguido por la santidad de costumbres, desempeñando altos destinos, y por último, á los fundadores, bienhechores y patronos de las iglesias. Sin embargo, esta



VIAJE DEL LEVIATAN Á NUEVA-YORK.

Solo los mártires tuvieron en los tiempos antiguos el privilegio de ser enterrados en las iglesias. Constantino fué el primero que hizo colocar su tumba en el pórtico del templo de los Apóstoles en Constantinopla. A imitación suya Honorio fué enterrado en el átrio de la iglesia de San Pedro en

costumbre fué reprobada por varios concilios anteriores al siglo x.

«A nadie se enterrará en las iglesias, dice el cánon 18 del concilio de Braga, sino solo en el recinto exterior y alrededor de los muros; pues si las ciudades tienen el privi-

legio de que á nadie pueda dársele sepultura dentro del recinto de sus murallas, con mucho mas motivo debe hacerse lo mismo en las iglesias, por causa del respeto debido á los cuerpos de los santos mártires encerrados en ellas.»

De la costumbre de enterrar cerca de las paredes de las iglesias, dice el P. Richard, provienen las capillas que se ven alrededor de la nave, y de las que no se halla vestigio alguno hasta el siglo xvi, como lo acreditan las de San Pablo, San Juan de Letran y San Lorenzo en Roma. Principiaron, por lo tanto, á enterrarse los cadáveres alrededor de las paredes de las iglesias, bajo bóvedas que se extendían en la parte exterior, y que insensiblemente se fueron convirtiendo en capillas en la forma que hoy presentan las iglesias de Occidente, pues en las de Oriente no existen todavía.

La referencia que hace el citado cánón de que no se entierren cadáveres en el recinto interior de las ciudades, se funda en una ley de las Doce Tablas concebida en estos términos: *In urbe ne sepelito, neque urito.*

A pesar de lo dicho, cita Onufro algunos ejemplos para demostrar que en lo antiguo se enterraba en las iglesias; pero hay que tener presente que estos casos escepcionales iban autorizados por privilegios concedidos á los fundadores, y que ni aun á estos se les concedía sepultura en el santuario ni en el coro, lugar reservado á los sacerdotes y á los mártires, sino en la nave de la iglesia.

A nadie se enterrará, como por derecho hereditario en las iglesias, dice el cánón 72 del concilio de Meaux (año 845) sino solamente á los que el Obispo ó el párroco hayan juzgado dignos, en atencion á la santidad de su vida, de semejante privilegio. El cánón 17 del concilio de Tribur (año 895) prohibía, invocando la autoridad de los antiguos estatutos, que se enterraran personas seglares en las iglesias.

No obstante esas prohibiciones, los mas altos personajes, á partir del siglo x, ambicionaban ser enterrados en el puesto mas honroso de la iglesia, en el coro ó cerca del altar y las reliquias, pues se creía que el espíritu se hallaba tanto mas próximo á reunirse á los coros celestiales, cuanto mas cercano estuviese el cuerpo á las reliquias de los santos mártires.

Refiriéndose el historiador Suger á Luis VI de Francia, dice que este Rey solía manifestarle repetidas veces, que se consideraría por muy dichoso en que sus restos hallasen sepultura en la iglesia de San Dionisio entre el altar consagrado á la Santísima Trinidad y el de los santos mártires; porque allí el patrocinio de los santos y las oraciones de los que entrasen en la iglesia le asegurarían el perdón de sus pecados. Esta razon me movió, sigue diciendo Suger, á tratar con el venerable Herveo, prior de San Dionisio, de que el Rey fuese enterrado delante del dicho altar al otro lado de la tumba del Emperador Carlos, de manera que ambas régias cenizas estuviesen únicamente separadas por el altar. Pero el sitio que yo proponía estaba ocupado por la sepultura de otro Rey, y como no es lícito, ni se acostumbra mover de su puesto los despojos mortales de los Reyes, no pudo tener lugar lo que se había propuesto. A fuerza de indagaciones pudo encontrarse en el sitio que Luis VI había indicado, como por una especie de presentimiento milagroso, un espacio hueco, ni mas ni menos grande que el necesario para dar cabida á su cadáver, y allí fué enterrado con todo el ceremonial de costumbre.

Entre los romanos se consideraba como profanador de sepulcros el propietario que hacia cultivar un terreno en el que se hubiese enterrado algun cadáver.

Si ha de creerse lo que refiere el poeta Sidonio Apolinar, Obispo de Clermont, sucedía lo mismo entre los cristianos, por lo que toca al siglo v. Refiere que en un viaje por Auvernia vió que unos aldeanos estaban cavando el terreno en donde su abuelo había sido enterrado. En el acto mandó prender á aquellos desgraciados, y por mas que trataron de defenderse diciendo que en el terreno no había señal ninguna que indicase haber servido de sepultura, mandó que se les diera tormento hasta la estincion de la vida. Luego, á fin de tranquilizar su conciencia alarmada por un acto de justicia tan espeditiva, consultó el caso con un Obispo de Lyon, quien le tranquilizó, asegurando que segun antigua costumbre aquellos profanadores habían sufrido su merecido castigo.

Encuéntrense en los concilios infinitas prescripciones relativas al respeto que se debe á los cementerios.

En el cánón 59 del concilio de Elvira (año 305), se prohíbe á las mujeres pasar la noche en los cementerios, «porque con frecuencia, bajo el pretexto de rezar, se entregaban secretamente á criminales escesos.»

«No se permitirán, dice un concilio de Escocia, (año 1225, cánón 67 y 75) ni bailes ni juegos, ni luchas, ni músicas en los sitios destinados á la comun sepultura, no se permitirá tampoco que entren en su recinto animales.»

En el concilio de Winchester (año 1240) se hacen iguales prohibiciones, y ademas se añade que no se permitan en el funeral recinto mercados, ni se fallen causas criminales, ni se construyan fortificaciones.

Compréndese cuán necesario era el piadoso celo con que los concilios miraban este asunto en vista de la descripción que Guillermo el Breton hace del cementerio de París. Dicho escritor, citado por Guizot, se expresa en estos términos:

«Hay en París un sitio llamado Champeaux, donde por derecho comun son enterrados todos los que mueren en dicha ciudad. Por lo general está abierto ese recinto á todos los que quieren penetrar en él, hasta á los mas inmundos animales, que por consiguiente está lleno de inmundicia y presenta el aspecto mas repugnante. Aun sucede algo peor que todo eso; pues durante la noche suele convertirse en teatro de torpes obscenidades. El Rey Felipe Augusto se indignó de semejantes profanaciones; mando rodear el recinto de elevadas paredes, semejantes á los muros que se ven en las plazas fuertes, y de esa manera pudo limpiarlo de toda profanacion y restituirle el decoro que le era debido.»

Interminable podría ser esta mal trazada reseña que venimos haciendo acerca de los funerales en los distintos pueblos que han adquirido algun interés en la historia. Faltarían para ser completa, dar una rápida ojeada sobre las tribus del Nuevo-Mundo, que no son por cierto las que con menos religiosa ternura consagraban recuerdos á los que segun su poético lenguaje «se han ido al país de los espíritus;» pero nos limitaremos á reproducir algunas estrofas del fúnebre canto con que al parecer acompañaban los funerales.

¿Quién en lo sucesivo dará consuelo á mi alma desesperada? pregunta una triste madre á las que la acompañan á suspender el tierno cadáver de su hijo de las ramas de un árbol frondoso.

El acompañamiento, á semejanza del coro en una tragedia de Eurípides, le contesta: «La luz de la noche, el perfume de las flores, el ambiente de la aurora te darán consuelo, porque en ellos vendrá envuelto el espíritu de tu hijo á pagarte la deuda de su gratitud.»

«Terrible ha sido á los enemigos de nuestra tribu esa diestra que ahora carece de movimiento,» exclamaban los ancianos que presidían el funeral de un guerrero. El coro de jóvenes contestaba: «La diestra está inerte; su vigor se mantendrá en nosotros, en tanto que respetemos su memoria. Su ejemplo vive. ¿Qué importa que el que nos lo dió haya desaparecido de entre nosotros?»

Desgraciadamente esa pintoresca sencillez de las tribus salvajes americanas, iba no pocas veces acompañada de sangrientas escenas de prisioneros inmolados junto al cadáver que era objeto de los funerales.

¿Porqué razon en unos pueblos de tan sencillas costumbres como las tribus á que nos referimos, se cometía la horrible barbarie de derramar la sangre de sus semejantes?

¿Porqué razon en la ilustrada patria de los Sócrates y Apuleyo, y en la ciudad donde Ciceron y Horacio derramaban los raudales de su inteligencia, se manchaba con tan asquerosas supersticiones el piadoso recuerdo que consagraban á los que ya no existían?

Fácilmente pueden nuestros lectores darse á sí mismos la solucion de esas preguntas, observando la época desde la cual van desapareciendo todas las supersticiones al vivo resplandor de una luz, sin la cual la sencillez de costumbres, la civilizacion y la filosofia no fueron mas que vana parodia, imperfecto remedo de lo que habían de ser al sentirse vivificadas por aquella.

F. M.

NAUFRAGIO DE L'EUROPE.

Ilustrados con un dibujo que se nos ha remitido de Filipinas, publicamos los detalles del naufragio de la fragata

Europa, segun los refiere el Teniente de navio D. Lázaro Antonio Araquistain, Comandante de la falúa *Soledad*.

«En 2 de marzo recibí orden de Mr. Liscoat, Jefe francés en el rio de Turon, á cuyas órdenes operaba con la falúa y un bote francés, que segun oficio del Jefe superior podia abandonar el punto de defensa y retirarme del rio, recogiendo antes toda la artillería y municiones del fuerte del O. perteneciente al Ejército nuestro.

En cumplimiento de dicha orden trasporté á Turon la artillería y municiones, verificando la entrega á la seccion de artillería, y procediendo en seguida á la del bote francés, del que recogí la bandera, armamento y varios efectos de esta falúa.

En Turon, con arreglo á las instrucciones del señor Comandante del *Jorge Juan*, me presenté al Capitan de navio Mr. Touyon, Jefe superior en dicho puerto, y de acuerdo con él preparé la falúa de un modo conveniente; tomé una guindareza de ocho pulgadas para remolque, y embarqué la dotacion, armamento, pertrechos, víveres y todos los efectos en el clipper francés *Europe*, buque destinado á trasportar parte de las fuerzas españolas á esta capital.

El 7 al amanecer, con la falúa de remolque, salimos del puerto remolcados por una cañonera; y ya en franquía, dimos la vela con viento al E. N. E. fresquito y mar gruesa del N.

Aunque el Capitan no me comunicó ni aun confidencialmente ninguna de sus ideas en todo el viaje, la derrota que tomó fué remontar la costa Sur de Haynau á pasar por el Norte de las Paraceles; pero las muchas calmas y los vientos flojos del N. E. al E. con corrientes al S. O. hizo que en 17 dias de viaje no pudimos remontar mas que hasta la latitud N. 48° 10' y longitud O. 116° 28', que es el meridiano de Punta Leon-Soy; por lo que el 24 se decidió el Capitan, en mi concepto, á pasar por el S. de las Paraceles; y en efecto, del 25 al 27, con vientos flojos del E., navegamos al S. S. E. á todo ceñir constantemente, cuando en la noche del 27 al 28, á las dos y minutos de la mañana, embestimos de modo que el buque quedó clavado de proa sin movimiento alguno.

Acto continuo subí sobre cubierta y vi que estábamos barados con proa al S. E. 3° E., descubriéndose perfectamente á distancia de 20 á 30 brazas un arrecife prolongado por babor y estribor, con rompiente constante, á pesar de las circunstancias de mar llana y viento bonancible del E. N. E. La noche, aunque sin luna, estaba bastante clara y el horizonte de buen cariz. El aparejo largo era el de mayores gavias, juanetes y dos focos. Al momento procedieron á cargarla, poniéndolo por delante; y como el buque empezó á hacer agua de proa, se pusieron en juego las bombas. A proa se sondaban de seis á ocho pies de agua, y á popa doce brazas; la posicion del buque con la proa remangada, y su inmovilidad, me hacia creer que la barada era muy grave. La gente de transporte, á pesar de ascender á 272 individuos de todas armas, incluso Jefes y Oficiales, y de ser la situacion tan imponente, conservó mucho orden y silencio, cooperando, ya en las bombas, ya en maniobras, etc., con todo esfuerzo á las órdenes del Capitan. Cargadas las mayores, quedó el buque completamente adrizado y con las gavias y juanetes en contra, se intentó hacerlo flotar, pero inútilmente, pues seguía inmóvil como una roca.

Al amanecer se descubrió, á poco mas de media milla, por la proa, una isla rasa de arena, que reconocí por la de Triton. Esta isla, segun Horsbrough y mi propia observacion, es una isla situada en latitud N. 43° 45' y long. O. 116° 28' que se estiende en direccion N. O. al S. E., toda de arena, sin ningun arbusto ni vegetacion, de una estension de dos á tres millas en su longitud, y como de una á una y media en direccion de N. E. al S. O.: hacia el N. tiene una pequeña eminencia de 12 á 15 pies de elevacion, y hacia el S. es tan baja, que en la pleamar cubre la marea una parte, dividiéndola en dos. Está rodeada de un banco de cuatro á cinco pies de agua de poco mas de media milla, terminando el banco en unas rompientes de tan poco fondo, que apenas se encuentra paso para botes mas que en la pleamar con algun riesgo; la rompiente es muy acantilada, y hacia fuera no se encuentra fondo: toda esta observacion se refiere del N. O. al S., que es el espacio recorrido por mí. La direccion de la barada fué al O. N. O. del centro de la isla. A las

seis y media de la mañana fui á recorrer la proa y vi que estaba en cinco ó seis piés de agua, y por primera vez me dirigí al Capitan diciéndole: el buque no sale y no conviene que salga, porque aumenta mucho el agua y nos iríamos á pique en seguida, ó tendríamos que volver á barar; por consiguiente, no veo otro remedio que sostener el buque aligerando de proa y con las bombas el mayor tiempo posible, desembarcar provisiones en la isla, y mandar una ó dos embarcaciones á todo evento á Saigong á pedir auxilio; pues no hay salvacion posible si no viene un vapor. En seguida se cargó el aparejo, se dió fondo á las dos anclas y se empezó á arrojar al agua toda la carga de proa, donde iban las cajas de municiones; se echaron los botes al agua, y por mi parte mandé á la marinería de la falúa que embarcase lo mas preciso, como remos, ancla, timon, palo, etc., y se preparase á recibir todo lo que el Capitan le ordenase para conducir á la playa.

Todo el día 28 se ocupó la gente, sin escepcion de personas, en las bombas, que no cesaron ni un momento en llevar galleta y agua á la isla, y algunos otros efectos, como arroz, mongos, velas, palos, etc.; y en desmontar la máquina ó alambique de dulcificar el agua del mar; en formar una balsa con la madera de respeto para desembarcarla, y en aligerar la proa de carga. A pesar de tanto esfuerzo, el resultado era poco satisfactorio por la poca agua en las rompientes, que no permitía cargar mucho los botes, y por la demora de todos en volver de la isla. La falúa, después de un gran rodeo hacia el S., pudo dar con un estrecho para entrar en el banco; pero al bajar la marea le faltó agua, y la circunstancia de no haber mas que una sola de aquellas cada 24 horas hizo que no pudiese hacer mas que un viaje. Por la tarde me consultaron el Capitan y el Coronel de las fuerzas sobre la toldilla ante varios Oficiales si me determinaba á salir al día siguiente en un bote para Saigong á pedir auxilio: les contesté que estaba dispuesto á todo lo que desearan de mí en materia de salvacion; pero les advertí que en un bote abierto de tingladillo y de tan pequeñas dimensiones como las del buque era fácil que me quedase en el camino y se malograra el aviso, sin contar que no podía navegar con mucha amplitud y decision con tan malas condiciones, lo que perjudicaría á la brevedad en un asunto de tanta importancia para ellos como para mí: que hasta Saigong había 160 leguas, 60 de mar y 100 de costa enemiga; que lo pensasen bien, y me arrojaría á lo que resolvieran. Atendidas estas razones, nada decidieron por el momento.

La noche del 28 al 29 no se trabajó mas que dentro del buque en las bombas, en rellenar barriles de agua dulce, etc. Refrescó un poco el viento, y la poca marejada que levantó hacia trabajar bastante al buque, lo que hizo nuestra situacion muy angustiosa; y sin embargo, la gente esperó el día con la ansiedad consiguiente, pero con mucho orden y sufrimiento.

La fragata era un clipper de 2,000 toneladas, nuevo, aparejado y surtido de todo con lujo; y con la feliz circunstancia de estar distribuido en tres secciones en toda su manga, lo que hizo que hasta la madrugada del 29 no hiciera agua de popa; estaba completamente cargada, la mayor parte por los franceses, y un resto con el campamento, hospital, almacenes, municiones, equipajes y demas efectos de nuestro Ejército. El número total de individuos que salimos de Turon sobre el *Europe* era de 317 de las clases siguientes:

Dotacion.	
Capitan	1
Pilotos	2
Marinería europea	42
Trasportes.	
Jefes	3
Oficiales de todas armas	20
Marinería	44
Artillería	75
Infantería	102
Administracion	20
Criados particulares	2
Niños cochinchinos	6
Total	317

El 29 se principió á trabajar como el día anterior, esto es, á desembarcar provisiones; pero por falta de agua en la rompiente no pudieron mandarse los primeros botes hasta las siete, que se despidió tambien la balsa con la máquina del agua á la espía de una anclita tendida al intento. A las ocho las bombas no podían dominar el agua que hacia el buque, y desde este momento hubo algun terror, se abandonaron los trabajos y no se pensó mas que en salvar la gente; á pesar de todo, en el desembarque hubo el orden debido, pues desembarcaron en los botes que iban llegando de la playa, primero los individuos de clase inferior, y por último, los Oficiales, Jefes y Capitan, abandonando el buque completamente hacia las nueve, que nos dirigimos á la playa. En la isla se empezó desde luego á formar tiendas con velas para almacen, enfermería, alojamientos de Oficiales y gente; se vió con dolor que se había salvado bastante cantidad de víveres, pero muy poca agua, habiendo solo para cinco ó seis días por falta de existencia á bordo y de vasijeria, pues en el buque se servía diariamente el agua producida por la máquina, la que, si bien se había salvado, faltaba el montarla y saber si podía producir agua de nuevo. Al poco rato, esto es, á la media hora de haber abandonado al buque, se fué á pique, quedando descubierto de proa y sumergido de popa hasta la cofa de mesana. Estaban atracados á ella las falúas y un bote, los que tuvieron la precaucion de desatracarse á tiempo, y trajeron algunos efectos. La circunstancia de venir todos los equipajes en bodega, y la abnegacion de no pensar mas que en salvar los artículos de indispensable necesidad, hizo que se perdieran todos aquellos, los libros, dinero, papeles y efectos de propiedad particular, con insignificantes escepciones de pequeños restos; pues ya por el gran número de individuos, como por la poca capacidad de los botes, que no permitía cargar de mucha gente por causa de la rompiente: los individuos sobre si tampoco pudieron salvar nada.

Una vez en la playa, recogidos los efectos salvados y hechas las primeras tiendas, se dió algun descanso; la fuerza del calor, por la refraccion del sol en la arena, nos dió una sed abrasadora, y la gente hizo varios agujeros en diversos puntos de la playa en busca de agua: en uno de los pozos se encontró, pero muy salobre, de la que todos nos vimos obligados á beber. A las cuatro se dió por racion de aquel día una galleta para cada cuatro hombres y medio litro de agua; por la noche se establecieron centinelas y se retiró la gente á descansar; hubo el sentimiento de que falleciera un soldado ya enfermo.

(Se continuará.)

TRIUNFO DEL GREAT-EASTERN.

El *Great-Eastern*, la ciudad flotante, el inmenso buque de vapor, denominado por su colosal mole *Leviatan de los mares*, verificó su entrada triunfal en el puerto de Nueva-York el 28 del pasado, siendo acogido por las entusiastas aclamaciones de una inmensa multitud que lo saludaba desde la playa.

Su viaje, no obstante el funesto precedente de haber perdido su Capitan al zarpar de Inglaterra, se ha verificado bajo las condiciones mas agradables y en el término de once días! El máximo de su velocidad diaria ha sido 111 leguas, y la menor 85 en el mismo plazo. Cada paso de este gigante, es decir, cada revolucion de su rueda, no comprende menos que una estension de 150 piés, y el alimento que entretiene su velocidad, esto es, el carbon de piedra que ha consumido durante su carrera no baja de 2,877 toneladas.

El jueves 28 de junio, dice una de las personas que conducía á bordo, hacia un hermoso tiempo, salvo algunas nieblas que se veían en el horizonte. A las seis de la mañana distinguimos la tierra cerca de Nueva-York, y á las once nos vimos rodeados de una multitud de barcos de vapor llenos de gente que deseaban ver de cerca nuestra colosal nave. A las dos llegaron los agentes de la secretaría de la compañía y el práctico; se pusieron en movimiento las máquinas, y á las tres y media entró en el puerto de Nueva-York rodeado de una escuadrilla de barcos de toda especie, que presentaban á la vista un cuadro tan magnífico y fantástico cual no es posible describir.

Todos los buques que había en el puerto se empavesaron,

como para celebrar la bienvenida del colosal compañero. De modo que la continua salva de la artillería, el clamoreo de la multitud apiñada en los muelles, los *hurras* de la marinería de todos los buques, y el majestuoso porte de la colosal nave, que moderando su movimiento se parecia al entrar en el puerto á un Emperador que sube las gradas del trono abrumado de laureles, formaban un conjunto de aquellos que solo en sueños, ó en los arrebatos de la imaginacion de un poeta es posible concebir.

Solemne fué la salida del gigante de los mares de las aguas de Londres, pero su triunfal entrada en Nueva-York es superior á cuanto se puede concebir. La empresa que formó el proyecto de esa ciudad flotante, desarrollándolo á fuerza de tantas contrariedades y sacrificios, y el arquitecto que supo animarla y darle tan elegante forma, están de verdadera enhorabuena.

EPISODIO DE LA GUERRA DE BRETAÑA

escrito en francés

POR MR. OCTAVE FEUILLET.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.)

VII.

—Pierdes tu serenidad, ciudadano General, y sin embargo, la necesitarás bastante para escuchar lo que aun me falta comunicarte. Te he dicho que ninguna sospecha se ha suscitado contra tí: eso es cierto; pero te achacan que concedes tu confianza con sobrada facilidad, que dejas estraviar tu amistad entre personas sospechosas. Me refiero á uno de tus Oficiales, á aquel á quien concedes la mayor intimidad, al antiguo Conde Pelveu.

—El Comandante Pelveu, ciudadano representante, ha hecho á la República mas sacrificios que tú y que yo. Al dejarle hace ya dos años en el humilde grado que ocupa, se ha cometido una injusticia notable que tardaré muy poco en reparar.

—Pues entonces apresúrate, si no quieres que te se anticipen, porque el Borbon, si no es un ingrato, debe una recompensa elevada al patriota puro que ha ido á recibirle en su desembarque, y que le ha escoltado hasta el centro mismo del Ejército de los bandidos.

—¿Tienes pruebas de lo que estás diciendo, ciudadano representante?

—Mira,—dijo el Convencional sacando una carta de las bolsas de su cartera,—hé aqui lo que me escribe uno de nuestros agentes de Inglaterra; juzgarás por tí mismo si estos datos puestos en relacion con los hechos que ya conoces, constituyen pruebas suficientes. Desgraciadamente, esta carta ha llegado á mis manos dos dias después del suceso que debió evitar. Escucha: «La fragata inglesa *Loyalty* va á desembarcar en Bretaña á un Borbon que dicen es el Duque de Enghien, hijo de Condé, ó el Conde de Artois: hay mas probabilidades de que sea este último. Viaja bajo un disfraz de mujer, en la comitiva de la hermana y de la hija de Kergant, quienes han obtenido una autorizacion para residir en Francia por conducto de Pelveu, Oficial republicano que goza de gran favor con el General en Jefe. Se cuenta con la connivencia de Pelveu para proteger el desembarque, el cual se efectuará en uno de los dias de la próxima década, en la costa Sur del Finisterre; el Oeste, inclusa ya esta vez la Normandia, solo aguarda á ese Jefe, prometido tantas veces, para sublevarse en masa.»

Durante esta lectura el General había permanecido inmóvil, y todas sus facciones expresaban el mas profundo estupor.

—¿Es cierto? ¿está bastante claro?—añadió el representante enseñando la carta.

El joven la recorrió rápidamente con la vista: una especie de gemido se escapó de su pecho, se dejó caer sobre el campé y permaneció durante algun tiempo con la mano apoyada en la frente y absorto en pensamientos dolorosos.

El único testigo de aquella escena de angustia y pesar no era de carácter á propósito para esperar que se pudiese



VISTA DE MESINA.

(De una Fotografía.)

encontrar en él simpatía alguna hacia una debilidad humana, por generoso que fuese el origen de esta, y aun se podía sospechar un sentimiento secreto de triunfo en la mirada de dudosa espresion con que contemplaba el aspecto anonadado del Joven General republicano.

—Lo que te sorprenderá,—repuso,—es el grado de audacia con que se espone tu amigo. En vez de permanecer prudentemente cerca de aquel á quien tan bien ha servido, me aseguran que vuelve á tu lado para continuar como espía, lo que comenzó como traidor.

—¡Espía! ¡Pelveu!—murmuró el General, como si la union de estas dos palabras hubiese presentado á su mente un enigma indescifrable.

—Ante todo, ciudadano General,—prosiguió el Convencional,—es preciso que se haga justicia.

El General tardó algunos momentos en contestar; luego, al fin, alzando la cabeza cual si saliese de una meditacion profunda, dijo:

—Está bien, ciudadano representante del pueblo, se hará justicia.

—Voy á aguardar el regreso de ese Pelveu; me darás una escolta suficiente para conducirlo á Rennes, en donde quiero someterlo á un interrogatorio ante mis colegas, despues de lo cual será juzgado revolucionariamente.

—Te digo, ciudadano, que se hará justicia; ya lo oyes.

—No lo comprendo, contestó el representante con espresion de viva sorpresa. ¿Debo entender que te niegas á entregar á ese gran delincuente á la vindicta de la nacion?

—¡La nacion me ha conferido todo el poder que se necesita para servirla y vengarla! A nadie me veo precisado á recurrir.

El General hablaba con un acento reflexivo y una deci-

sion tranquila que lograron turbar la serenidad del Convencional.

—¡Jóven,—esclamó con violencia,—he aguantado ya mucho de tí, mucho mas de lo que mi carácter y mi deber me lo permiten; pero eso escede á toda medida y acaba con la mayor paciencia imaginable! ¿Olvidas quién soy? ¿Olvidas que si abro esa ventana, si pronuncio dos palabras, puedo hacer que tus propios soldados te arranquen las insignias de tu grado?

—¡Inténtalo!—dijo el General, quien habiendo adoptado ya su resolucion, parecia complacerse en su reciente y peligrosa independencia.

—¡Eso es ya demencia!—murmuró el representante, dispuesto, en efecto, á considerar como un acto destituido de toda razon aquel reto lanzado á su poder terrible.

—Es sencillamente una prueba que quiero hacer,—repuso el General con el mismo tono de extraordinaria calma. Uno de nosotros, ciudadano, está demas en la confianza de la nacion. Se trata de saber cuál de los dos es. Se presenta una ocasion y la aprovecho. Puesto que esa guerra inmensa, espantosa, se enciende de nuevo, no seré yo quien procure apagarla si antes no me se quita esa cadena de hierro con que me sujetais; si he de seguir viendo todos mis movimientos intervenidos por una inquisicion humillante, mis intenciones calificadas de sospechosas por el fanatismo, mis planes contrariados por la ignorancia.

—¿Eso piensas?—repuso el Convencional,—¡Pues bien! ¡desgraciado de tí, ó sino.... sino, desgraciada República!

(Se continuará.)

EL MUNDO MILITAR,

SALE TODOS LOS DOMINGOS

En España.

Para los suscritores de la GACETA MILITAR.

1 mes.	8 reales.
3 id.	24
6 id.	46
1 año.	82

Para los no suscritores.

1 mes.	10 reales.
3 id.	30
6 id.	57
1 año.	100

En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses.	100 reales
1 año.	190

En Filipinas y el extranjero.

6 meses.	140 reales.
1 año.	260

Se suscribe en Madrid en la Administracion, calle de San Bernardino, núm. 7; y en las librerías de *Mora*, Puerta del Sol; *Duran*, calle de la Victoria; *Bailly-Baillière*, calle del Principe; *Lopez*, calle del Carmen, y *Olamendi*, plazuela de Ponterjos.

En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos, y en las de los correspondientes de la *Gaceta Militar*.

NOTA. En provincias no se admite suscripcion por menos de tres meses.

OTRA. No se servirá suscripcion alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los correspondientes, á cuyo aviso no se acompañe el importe.

Los números sueltos se venderán á 4 reales.

REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Siempre que las circunstancias y objetos lo requieran, se darán en hojas sueltas planos y magníficas láminas litografiadas á colores. El número 1.º salió el día 13 de noviembre de 1859.

Por todo lo no firmado, el Secretario D. José Sordo y Sureda

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1860.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.